

NARRATIVA

La fiesta de los otros

Novela, ensayo y memorias se mezclan con una historia de espionaje en la nueva obra de Antonio José Ponte. En *La fiesta vigilada*, la incisiva mirada del narrador cubano repasa sus recuerdos de la revolución y la visión de autores como Sartre o Graham Greene.

LA FIESTA VIGILADA

Antonio José Ponte
Anagrama, Barcelona, 2007
239 páginas. 17 euros

IVÁN DE LA NUEZ

“¿Te has pasado por la noche?”. Esta pregunta menudea entre los noctámbulos españoles y explica, por sí misma, algunos misterios sobre la subversión del tiempo que se consuma en la juerga nocturna. “Ir a la noche”: he aquí el *dictum* desde el cual la nocturnidad no se presenta como un tiempo, sino como un espacio, un ámbito donde expandir la otra vida; tal vez *la vida*, para que engañarnos. Bajo ese prisma espacial nos percatamos rápidamente de un malentendido: la fiesta no es la noche, sino un disparo de luz en medio de ésta. Por eso los grandes fiesteros, y los mejores *afterhours*, no hacen otra cosa que simular, de sol a sol, el día infinito.

De ese fognazo surge *La fiesta vigilada*. Una pieza promiscua que hace equilibrios entre la novela, el ensayo, las memorias, la crónica de un periplo interior que se ejerce como contrapunto del viaje turístico. No es éste el único libro cubano que entra a La Habana por Graham Greene y sale de allí por Berlín. (De hecho, es casi natural este viaje para un autor que ha nacido en la Cuba de 1964 y vivido los distintos avatares de la revolución, la diversidad de periodos que cifran su continuidad). Pero a diferencia de otros escritores cubanos con una vida similar, Antonio José Ponte no se instala con comodidad en el poscomunismo. La de Ponte es siempre, si no la fiesta del capitalismo, sí la del dinero y el trapicheo de unas pintorescas relaciones mercantiles, la fiesta del dólar y del turismo, el *remake* infinito de *Nuestro hombre en La Habana*. No compone tampoco su libro un catálogo de aquellas fiebres cubanas de sábado noche, cuando los prospectos del hombre nuevo bailaban, a golpe de ponche, la “música del enemigo” hasta el minuto exacto en que Roberto Carlos invadía sin clemencia las primeras madrugadas



El autor cubano Antonio José Ponte (1964).

de su adolescencia. Ni hay que buscar en él, como ocurre en un Severo Sarduy, la bacanal del sexo sino el toque de su insinuación. No importa tanto lo lísergico como litúrgico. Más que la apoteosis de los cuerpos —aunque cuerpos y licras no faltan— se privilegia aquí la intriga de las máscaras (no olvidemos que en *La fiesta vigilada* se solapa una insólita historia de espionaje *kitsch*).

La fiesta vigilada condensa las obras anteriores del escritor: *Las comidas profundas*, *El libro perdido de los origenistas*, *Un asiento en las ruinas*, *Cuentos de todas partes del imperio*, *Contrabando de sombras*. Y podemos llamarle autor o Jueves, simplemente narrador o nuestro hombre en La Habana: Antonio José Ponte también puede nombrarse. Una multiplicidad tan austera como su prosa, que no alcanza la abundancia de personalidades de Julián Herbert, en *Cocaína*. (*Manual del usuario*), o Carlos Labbé (*Navidad y Matanza*), por sólo mencionar dos potentes narradores latinoamericanos editados recientemente.

A contrapelo de su incisiva mi-

rada sobre los otros, Ponte es muchas veces pudibundo con respecto a sí mismo. Aplica sin piedad el bisturí a las vísceras de los demás, pero se guarda de aplicarse un poco de anestesia que mantenga incólume el modo en que vigila, desde su propio dolor, la fiesta de los otros. Acaso porque sus lastres consiguen derrotar a sus afinidades: Sartre hunde a Greene, el museo de la represión arrastra al museo de arte, el Berlín de la Stasi no deja vibrar el Berlín libertario del poscomunismo, un detalle que lo coloca en la línea de artistas alemanes como el cineasta Florian Henckel von Donnersmarck, los fotógrafos Daniel & Geo Fuchs o el mismo Hans Haacke.

Hipnotizados por el “alumbión” en medio de la oscuridad, los personajes de este libro parecen captados por una *polaroid*. Por eso, después del *flash* inicial, las imágenes terminan por confundirse hasta desaparecer. Algo nos dice que también Antonio José Ponte está llamado a atravesar la cortina de luz —más allá de la fiesta— para que su obra futura esté a la altura de las altas expectativas que, con justicia, ha despertado su escritura hasta hoy.

Un juego que da miedo

Un periodista investiga la desaparición de dos hermanos. Así arranca *Navidad y Matanza*, una novela lúdica y desasosegante del escritor chileno Carlos Labbé.

NAVIDAD Y MATANZA

Carlos Labbé
Periférica, Cáceres, 2007
176 páginas. 13 euros

J. ERNESTO AYALA-DIP

La novela de Carlos Labbé (Santiago de Chile, 1977), *Navidad y Matanza*, es un juego literario que describe un juego literario. Eso en principio. Algunos de sus personajes llevan por nombres los mismos de la semana. Con lo cual ya tenemos ahí la presencia de Chesteron y su *El hombre que fue Jueves*. No sólo por sus nombres, sobre todo por su mudanza de identidades y por la permeabilidad entre realidad y ficción. Los dos personajes principales se llaman Alicia y Bruno, dos nombres de clara filiación literaria. Ahí asoma su personalidad lúdica, a pesar de su victoriano recato, el profesor de matemáticas Charles Dodgson, más conocido por Lewis Carroll. La novela de Labbé está situada en Chile, entre 1999 y nuestros días. Diríamos que el meollo del relato comienza con dos desapariciones. Un día de verano, Alicia y su hermano Bruno desaparecen mientras se bañaban en el Pacífico. Un periodista inicia una investigación sobre dichas desapariciones. La materia es suculenta para un buen reportaje.

Sigamos con los guiños y las referencias literarias que esta novelita fagocita con deslumbrante criterio. Resulta que Alicia parece mantener ciertos intercambios epidérmicos con algún que otro adulto. Su desparpajo y su sensual desenvoltura no parecen indicar algún tipo de coacción. Así podemos ir atando cabos. Resulta que el comportamiento de Alicia nos recuerda demasiado a la Lolita de Nabokov. Y resulta que hacia los años veinte, Vladímir Nabokov tradujo al ruso *Alicia en el país de las maravillas*. Y



Carlos Labbé.

fue precisamente ese trabajo el que inspiró la hechura de su consagrado prototipo literario. *Navidad y Matanza* es una historia teñida de aires surrealistas, nada extraño también si no olvidamos que del libro de Carroll los surrealistas sacaron caros provechos. Dije más arriba que este libro era un juego sobre un juego. En principio. A medida que uno avanza por sus páginas, le va quedando una sensación de cierto temor metafísico y desasosiego. Éste también es un arte que exige mucha competencia. Recuerdo que en *Estrella distante*, Roberto Bolaño hace que un personaje, buscando una dependencia determinada, se equivoque y se introduzca justo en la que nunca debió entrar: en la que hay unas personas torturadas. En la página cuarenta y cuatro de este precioso relato Labbé repite el mismo mecanismo: un fotógrafo, buscando un lavado se encuentra con una escena que me negaré a relatar. Es una visión muy inquietante que releí varias veces. Es posible que este año lea algunos libros de contrastada valía artística. Éste será sin lugar a dudas uno de ellos.

Identidades rotas

En *El otoño alemán*, galardonada con el Premio Ateneo de Sevilla de novela, la asturiana Eugenia Rico se enfrenta a los recuerdos que una mujer guarda de sus años de estudiante. Cuatro jóvenes celebraban el fin de sus estudios, pero la fiesta terminó en tragedia.

EL OTOÑO ALEMÁN

Eugenia Rico
Algaida, Sevilla, 2007
308 páginas. 19,50 euros

INMACULADA DE LA FUENTE

Un aliento agrídulce, la reflexión después de la tragedia, atraviesa esta novela. El mismo aliento que lleva de la mano al lector para que éste atrape un enigma anunciado en las primeras páginas y que sólo al final aflora. Es uno de los logros de Eugenia Rico (Oviedo, 1972) en esta obra (galardonada con el Ateneo de Sevilla), en la que aborda cuestiones como la identidad,

la desigualdad social y las relaciones de poder que genera la pasión sexual y los códigos de pareja. Todo ello en un escenario contemporáneo: la amistad y el deseo que surge entre chicos y chicas europeos unidos por las becas Erasmus y divididos por su origen geográfico. La trama gira en torno a dos polos: Fátima, la estudiante española de origen modesto que encierra en su rostro y en su biografía un misterio familiar, y dos jóvenes alemanes de posición más que desahogada que, a pesar de moverse en la superficie de cierta *dolce vita*, no ocultan problemas de identidad y de insatisfacción. En medio se encuentra Ilse, la na-

rradora, punto de unión de Fátima y de los dos chicos alemanes. Ilse es la voz que cuenta, disecciona e interpreta la historia que acontece. Admira a Fátima desde cierto paternalismo y se muestra complaciente con la vida elegantemente a la deriva de sus amigos de infancia. Los cuatro celebran el final de sus estudios y prolongan su despedida, pero la fiesta acaba en tragedia. La perdedora es hasta cierto punto previsible: la joven del sur. Ilse se asoma a esta tragedia quince años después para explicarse este final terrible y tal vez exculpase. A lo largo de estas páginas Ilse busca y toca en ocasiones el fantasma de Fátima, pero

también se encuentra con el pasado de su abuela y de las complejas relaciones de aquélla con los nazis. La búsqueda de la amiga desaparecida desemboca en una doble catarsis personal e histórica.

El ritmo es desigual, y alterna una narración veloz y efectiva con reflexiones y escaramuzas psicológicas. Esta doble escritura enriquece la novela y la salva de quedarse en una estampa de nuestro tiempo. De haberse plegado a la realidad se habría deslizado el riesgo de banalizar unas relaciones de sexo y poder o, en el otro extremo, la tentación de esbozar una condena moral. Al



Eugenia Rico.

elegir la ficción y el circunloquio psicológico, el juicio se reserva al lector y la autora se ciñe a lo que le interesa: contar una historia y, sobre todo, escribirla.